



CLÁSICOS  
CASTALIA

---

LOS ERUDITOS  
A LA VIOLETA

SUPLEMENTO AL PAPEL  
INTITULADO  
LOS ERUDITOS

EL BUEN MILITAR  
A LA VIOLETA

JOSÉ DE CADALSO

LOS ERUDITOS  
A LA VIOLETA

SUPLEMENTO AL PAPEL  
INTITULADO LOS ERUDITOS

EL BUEN MILITAR  
A LA VIOLETA

EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE  
JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS



CLÁSICOS  
CASTALIA



CASTALIA  
EDICIONES

es un sello propiedad de



edhasa

Diputación, 262, 2.º1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: info@castalia.es

Consulte nuestra página web:  
<https://www.castalia.es>  
<https://www.edhasa.es>

Primera edición: febrero de 2024

Ilustración de la cubierta: «Bodegón literario y científico», finales del siglo XVIII-principios del XIX. Óleo sobre lienzo, Palazzo del Biron Lignare, Másena.

© de la edición: Joaquín Álvarez Barrientos, 2024

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2024

Este trabajo es resultado del proyecto «Bellas artes, cultura e identidad nacional. La construcción del relato artístico entre la Ilustración y el Liberalismo. Textos e imágenes», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.  
Ref. PID2022-136475OB-I00.

ISBN 978-84-9740-935-3

Depósito Legal B 1034-2024

Impreso en Barcelona por Liberdúplex

Impreso en España

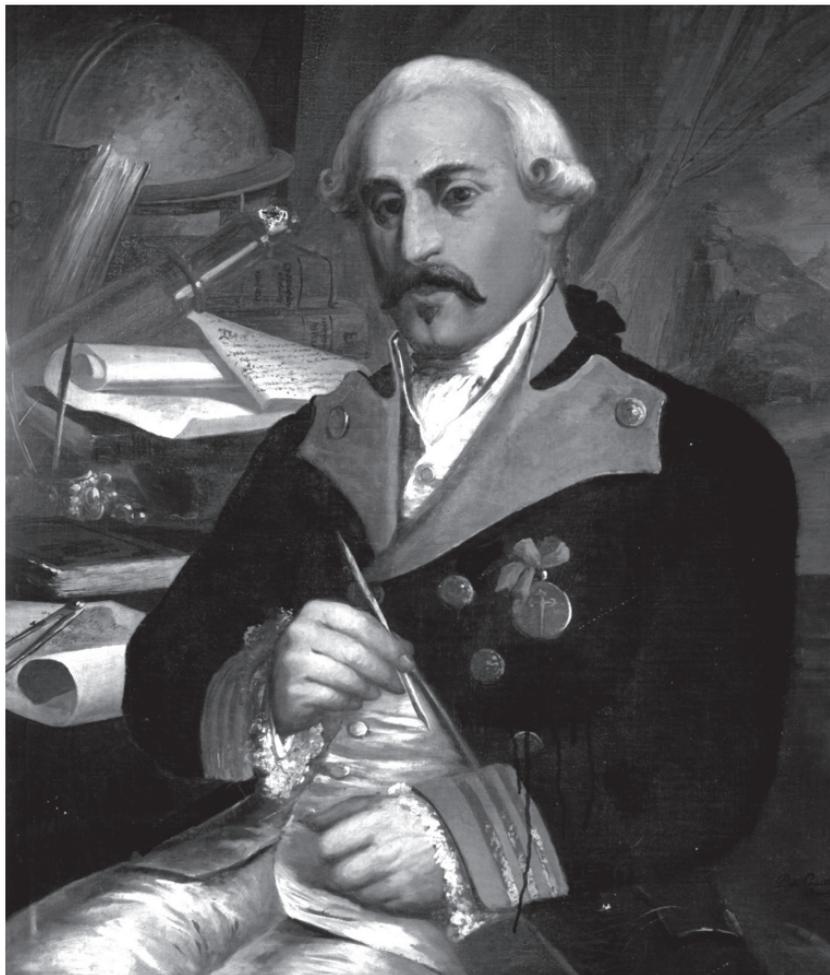
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

«Ofrécete al servicio de tu patria».  
Cadalso, *Los eruditos a la violeta*

«Llegose a mí con el semblante adusto,  
con estirada ceja y cuello erguido  
(capaz de dar un peligroso susto  
al tierno pecho de Cupido)  
un animal de los que llaman sabios».  
Cadalso, «Sobre ser la poesía un estudio frívolo»

«Y así se va pasando esta miserable vida».  
Rubín de Celis, *Junta que en casa de don Santos...*



Falso retrato de José de Cadalso, por P. de Castro Romero (1855), Museo de las Cortes de Cádiz, Ayuntamiento de Cádiz.

# S U M A R I O

---

INTRODUCCIÓN . . . . .	11
Vida de Cadalso. . . . .	13
El retrato y la fama póstuma . . . . .	29
Aspectos generales de su obra . . . . .	39
Estudio de <i>Los eruditos a la violeta</i> , el <i>Suplemento</i> y <i>El buen militar a la violeta</i> . Cultura, nación y pesimismo . . . . .	50
Censura y publicación . . . . .	50
Cadalso, el pasado y el patriotismo . . . . .	59
Las dificultades de la sátira . . . . .	68
Ambigüedad de la palabra erudito. . . . .	76
Sobre inspiración y fuentes . . . . .	80
Antiguos contra modernos. Los críticos . . . . .	90
Divulgar y conversar. La cultura de las apariencias . . . . .	99
El <i>violeta</i> y el <i>bel esprit</i> . . . . .	104
Las mujeres en el <i>Suplemento</i> . . . . .	111
Las listas como reiterado recurso . . . . .	115
La recepción de <i>Los eruditos</i> y del <i>Suplemento</i> . . . . .	119
<i>El buen militar a la violeta</i> como compendio . . . . .	140
AGRADECIMIENTOS . . . . .	151

BIBLIOGRAFÍA . . . . .	153
ESTA EDICIÓN . . . . .	177
LOS ERUDITOS A LA VIOLETA . . . . .	179
SUPLEMENTO AL PAPEL	
INTITULADO LOS ERUDITOS . . . . .	251
EL BUEN MILITAR A LA VIOLETA . . . . .	329
EL EDITOR . . . . .	347

# I N T R O D U C C I Ó N

---

José de Cadalso publicó *Los eruditos a la violeta* en 1772, fue la obra que le procuró fama porque, aunque apareció bajo seudónimo, de forma general se supo quién se ocultaba bajo la máscara de «José Vázquez».<sup>1</sup> Fue un éxito de ventas, pues salieron dos impresiones en muy poco tiempo, que apuntaló su nombre y le permitió, como señala en su autobiografía, «hacer dinero para pagar deudas y comprar camisas [...]. Compuse los *Eruditos* y *Suplemento* y publiqué mis poesías [ya en 1773]. Equipeme medianamente con su producto» (1979: 21). Según sus propias palabras, en pocos días se vendió la primera edición anunciada en la *Gaceta de Madrid* y fue necesario imprimir una nueva tirada, a la que siguió el *Suple-*

<sup>1</sup> Cadalso firmaba sus cartas e informes como José de Cadalso, por lo que, como otros, restituyó la preposición a su nombre. Quizá la primera vez que una obra suya apareció firmada como José de Cadalso sea la edición de *Los eruditos* de 1827, «revista y cuidadosamente corregida», realizada en París por J. Smith. Las abreviaturas empleadas en las páginas siguientes son:

AGS: Archivo General de Simancas.

AHN: Archivo Histórico Nacional.

AMC: Archivo Municipal de Cádiz.

DA: *Diccionario de Autoridades*.

DRAE: *Diccionario de la Real Academia Española*.

Terrerros: Esteban Terreros y Pando, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*.

*mento*. Si bien bajo seudónimo, como era bastante habitual, Cadalso se presentó al público como poeta lírico y como satírico, tras su fallido intento en la tragedia. La ironía y la sátira fueron dos medios (o uno solo) muy queridos y habituales en su práctica literaria, ya pública, ya privada. *Los eruditos a la violeta* le dieron notoriedad y por ellos fue reconocido, hasta el punto de añadir en las portadas, al publicar otras obras suyas, la advertencia «por el autor de» *Los eruditos*.

Éstos, tanto como *El buen militar a la violeta*, responden a los desafíos provocados por la revolución moderna en la ciencia y las letras, que torpedearon las viejas estructuras del conocimiento, así como su significado y utilidad. A esa motivación se añade el fuerte componente patriótico, a veces nacionalista, que inspira la escritura de Cadalso, que le lleva a criticar el modo en que se asumen las novedades usando el punto de vista de la cultura, extendido enseguida al ámbito militar. Saber fue un signo de modernidad, el lenguaje desde el que se quiso ordenar la mejora social y la reflexión sobre el mundo, al abandonar el conocimiento los antiguos espacios del monasterio y la universidad, para pasar a las tertulias, los salones y cafés, al salir de las bibliotecas de los doctos a las *toilettes* de las damas (Álvarez Barrientos, 2006; Cavazza, 2012). Cadalso fue uno de los que mejor representó las contradicciones que el momento de cambio produjo entre muchos intelectuales, no pocos de ellos militares, cayendo a veces en la melancolía y el desengaño que propiciaban su adscripción al pensamiento pesimista, tanto como su frustrante vida militar, en la que los ascensos llegaron mal o tarde (García Hurtado, 2002: 405-412; Peset, 2015). En todo caso, el pesimismo y el desengaño fueron rasgos de su producción, manifiestos en el semblante irónico.

## VIDA DE CADALSO

Como otros muchos en su tiempo, Cadalso dejó un escrito en el que daba cuenta de su trayectoria vital. Por lo general, no eran textos para ser publicados, sino que se redactaban para uso privado, de familiares y amigos. De hecho, cuando en 1775 le manda a Meléndez Valdés la *Memoria de los acontecimientos más particulares de mi vida*, junto con otras obras, le dice que la guarde para «su gobierno en el mundo» (1979: 102), es decir, porque los casos y las reflexiones que incluye le pueden servir como guía.<sup>2</sup> Cadalso ofrece una imagen de sí mismo como alguien con mala suerte, desengañado de la vida por su carácter vulnerable y ambicioso. La *Memoria* es la crónica de sus fracasos al querer ocupar un lugar destacado en la sociedad, en el mundo de la cultura y en el de la milicia. No pocos estudiosos han subrayado ese retrato de sí como alguien desencantado, que, al hacer el balance de sus días, considera equivocadas sus elecciones. En todo caso, ese texto, más que otros en su tiempo, presenta aspectos de la vida privada y emocional que no suelen figurar en las autobiografías de la época, como la mala relación con su padre, sus amores con una actriz, la ambigüedad de su relación con el conde de Aranda, la traición de su amigo Joaquín de Oquendo y otros.<sup>3</sup>

Sus memorias son valiosas por la carga psicológica que traslucen, por los sentimientos que se aprecian en el trato con su padre, que debió de ser en no pocas ocasiones de enfrentamiento, como se deduce de las diferentes ideas que cada uno tenía sobre el futuro y la profesión del hijo, pero también por cuanto atañe al valor que Cadalso dio a la amistad a lo largo de su vida, al no tener familia cerca desde el momento en que abandona España siendo niño. La última anotación de sus memorias se refiere a la relación

<sup>2</sup> El título de los recuerdos de José Antonio de Armona (2012) es sumamente expresivo a este respecto: *Noticias privadas de casa útiles para mis hijos*.

<sup>3</sup> Aunque sus escritos biográficos fueron publicados antes, Nigel Glendinning y Nicole Harrison los recogieron y editaron junto con sus cartas, en Cadalso (1979). Los primeros pueden verse también en Cadalso (1987).

amistosa que mantenía con el sobrino de Floridablanca, Francisco Salinas de Moñino, que le recuerda a él en su juventud porque es «desordenado en mujeres y juego, pero franco, honrado, etc. [...] De los pocos sujetos que he querido en el mundo (por distintos términos), este fue el único que no me quiso más de lo que yo le quise a él. Me costó una pesadumbre formal la separación» (1979: 32). Por todo ello, las páginas que dedica a Oquendo, que traiciona su amistad y le ocasiona muy graves problemas, son dignas de recuerdo y de relacionarlas con otras en las que el autor se queja de su mala fortuna.<sup>4</sup> Hay que destacar que no aparecen, o apenas, momentos positivos y personas que lo hayan ayudado, y que el tono general es de queja y melancolía. A menudo parece acercarse a modelos clásicos en cuanto al modo de presentarse: el desengaño, el gusto por los libros y los cuatro amigos representan un modelo estoico que estaba de moda entonces y se ajustaba al ideal del hombre de bien, tan querido por él. En realidad, es el relato de una vida frustrada, que tanto mira al pasado como al futuro, y que narra los inconvenientes de ajustarse a ese patrón de conducta, el del hombre de bien.<sup>5</sup>

En esas páginas, el personaje aparece como un hombre de mundo que se gasta su fortuna, que gusta de las mujeres y de brillar en sociedad –no son pocos los testimonios acerca de su carácter desenuelto y ocurrente–. Esa experiencia del mundo se percibe bien en los textos que se recogen en este volumen. Murió sin llegar a los cuarenta y un años, pero vivió una vida intensa de amores, ambiciones, viajes, experiencias y escritura. «Vida corta, a la verdad, si ahora la acabo, pero llena de casos raros aunque no pase de hoy», le escribía en 1775 a Meléndez Valdés (1979: 104). Cadalso era,

<sup>4</sup> Por otro lado, es cierto que valorar la amistad y expresarla con una retórica hiperbólica fue característica en los ilustrados a la hora de componer sus imágenes como hombres públicos y privados. Glendinning (1962), Sebold (1974: 45-58), Gies (1985), Lorenzo Álvarez (2022: 467-505) son algunos de los que han estudiado este aspecto de la personalidad y de la obra de Cadalso.

<sup>5</sup> Un análisis, en Durán López (2002). Véase también Frolldi (1985), López (1985) y Castilla Urbano (2021).

además, hidalgo, y eso queda claro en sus recuerdos, en sus opiniones y actos, lo mismo que en sus obras y, desde luego, en los textos a la violeta, pues desde ese «lugar» miraba la realidad entorno.

Nació en Cádiz el 8 de octubre de 1741. La familia paterna procedía de Zamudio (Bilbao), donde tenían algunas posesiones. Como destaca en su autobiografía, su abuelo fue un hombre de la tierra, que nunca habló español ni se vistió «a la castellana»; sin embargo, su padre, José M.<sup>a</sup> Cadalso y Vizcarra, fue todo lo contrario e hizo gran fortuna al comerciar sin intermediarios ni agentes en América, continente al que viajó varias veces y técnica que elogió Campomanes. Se casó por poderes con la hija de su socio gaditano, Josefa Vázquez y Andrade, y tuvieron dos hijos: M.<sup>a</sup> Ignacia, fallecida pronto, y José.

Como la madre murió cuando el escritor tenía dos años y el padre estaba en América, fue cuidado por su tío jesuita y por una tía. Recibió buena educación en el colegio de la Compañía en Cádiz<sup>6</sup> y con nueve años pasó al que esta orden tenía en París, el famoso Louis-le-Grand, gracias a que el padre cedió a las persuasiones de su tío. Esta institución gozaba de gran prestigio y en ella estudiaron algunas importantes figuras de la cultura europea. Se hacía mucho hincapié en el conocimiento de los clásicos, de lo que Cadalso hizo gala, como demuestra en *Los eruditos* y en el *Suplemento*. También se estudiaba teología, historia, literatura; se debatía y se exponía en público, los alumnos aprendían a bailar y representaban obras de teatro. Es decir, se les preparaba para desenvolverse con soltura en el alto estamento social. Estuvo en el colegio desde 1750 hasta 1754, año en que conoció a su padre, con quien solo permaneció ocho días, pues pasó a Inglaterra para aprender el idioma. Quizás el viaje y conocer la lengua inglesa formaran parte del plan paterno, que consistía en establecer una red de factorías por Europa. En

<sup>6</sup> Antón Solé (1985) detalla las enseñanzas que habría recibido y el trato que se dispensaba a los alumnos, con religiosos que los ayudaban en el estudio y los llevaban de paseo.

todo caso, una vez en Gran Bretaña, mandó llamar a su hijo y ambos permanecieron allí hasta 1757, mientras Cadalso estudiaba en una escuela católica, como señala en sus apuntes biográficos, y aprendía inglés. Ese año regresó a París y al parecer viajó por Alemania y Holanda.

Desde 1758 hasta 1760, vuelto ya a España, cursa en el Real Seminario de Nobles, regido igualmente por la Compañía de Jesús, centro destinado a educar a quienes habían de ocupar cargos importantes en la administración.<sup>7</sup> Es conocida la reflexión que Cadalso explaya en sus apuntes sobre cómo se siente al regresar con casi diecisiete años: «Entré en un país que era totalmente extraño para mí, aunque era mi patria. Lengua, costumbres, traje, todo era nuevo para un muchacho que había salido niño de España y volvía a ella con todo el desenfreno de un francés y toda la aspereza de un inglés». Aun pudiendo ser ciertas las impresiones, parece una declaración bastante tópica, por lo que se refiere a la caracterización de los nacionales de ambos países. Seguramente sea más creíble otra consideración que hace en el mismo escrito conmemorativo: «Después de haber andado media Europa y haber gozado sobrada libertad en los principios de una juventud fogosa», el Seminario le parece una cárcel y desde el principio intenta abandonarlo (1979: 7). Por entonces era una especie de petimetre o de joven de los que ridiculiza en *Los eruditos*, atento a su aspecto, a los polvos para el pelo, a las hebillas para el calzado y a hacerse a medida los uniformes. En 1759 compró veinticuatro pares de zapatos, y en sus recuerdos señala que gastaba el tiempo en «mesa, juego, amores».

Su padre quería que ocupara un cargo en la administración, pero él deseaba ser militar. Para abandonar el Seminario, al saber que su progenitor odiaba a los jesuitas, fingió tener vocación religiosa y deseos de ingresar en esa orden. Por su parte, para que él

<sup>7</sup> La «Genealogía del alumno del Real Seminario de Nobles de Madrid: José Juan de Cadalso Vázquez Vizcarra de Andrade. Natural de Cádiz. Entró en el Real Seminario en 1758. Pruebas de nobleza con información de testigos», se conserva en el AHN, Universidades, leg. 663, exp. 9. Para la enseñanza en esta institución, Imízcoz y Chaparro (2014).

abandonara sus ideas, el padre lo sacó de la institución, lo mandó a Cádiz y después a hacer un viaje por Francia e Inglaterra, acompañado de Joaquín Rovira como tutor, pero se frustró en diciembre de 1761, al llegarles la noticia de la muerte de don José M.<sup>a</sup>. En todo caso, ese viaje le sirvió para comprar y leer muchos libros, pues se impuso «reclusión» y «lectura», como recuerda en sus apuntes, causas de «este genio que he tenido siempre después, y del amor a los libros» (1979: 9). Es posible que algunos de esos libros ingleses conformaran su punto de vista satírico, así como el gusto por lo «gótico», que aparece en parte de su producción y empezaba a estar de moda cuando viaja por las islas británicas.

Vuelve a España y, tras una estancia gaditana para resolver problemas de herencia (en realidad, se queda prácticamente sin ella), ingresa como cadete el 4 de agosto de 1762.<sup>8</sup> Al parecer entró en contacto con figuras de la nobleza, incluso Carlos III elogió sus capacidades, pero no consiguió nada a cambio de los trabajos que se le habían encargado: un informe «sobre ciertos asuntos jesuíticos» y la traducción del inglés para el futuro Carlos IV de las instrucciones sobre cómo manejar una esfera de Copérnico. Además, para conseguir ser capitán, el 22 de junio de 1764 equipó a cincuenta hombres a caballo en los regimientos de Borbón y Montesa. Cadalso siempre estuvo quejoso de su carrera militar, así como de la poca preparación de los mandos y del sistema que se empleaba para alcanzar los ascensos. En este sentido, *El buen militar a la violeta* es un ajuste de cuentas. En 1766 consiguió el prestigioso hábito de la Orden de Santiago. En su petición, confiesa que «anhela adornarse con el hábito de una de las órdenes militares, [...] sin exceptuar la de Santiago», y el marqués de Villadarias, en su buen informe, comenta que sirve con honor «y que tiene buenas proporciones de ser útil».<sup>9</sup>

<sup>8</sup> No de septiembre, como a veces se escribe. Archivo General de Simancas (AGS), sign. SGU, PER, 10. 28.

<sup>9</sup> AHN, OM-Expedientillos, n.º 17837 y n.º 7931. Las «Pruebas para la concesión del Título de Caballero de la Orden de Santiago de José de Cadalso y Vázquez Vizcarra y Andrade, natural de Cádiz, Capitán del Regimiento de

Según la hoja de servicio que informa de su vida militar hasta 1777, además de lo ya indicado, figura desde el 13 de septiembre de 1772 como «capitán con ejercicio»; sargento mayor desde 1776, y comandante de escuadrón desde 21 de abril de 1777. Se señala que estuvo en el destacamento de Villavella durante la guerra contra Portugal, cuando las tropas enemigas «pasaron el Tajo». Se concluye que «es persona de valor, capacidad sobresaliente, de aplicación y conducta a su voluntad. De estado, soltero». En la hoja que llega solo hasta junio de 1766 se le retrata como «joven de buena crianza, erudición y noticia de idiomas; útil, si se fija en un buen dictamen». En 1772 se acentúan su «capacidad e ingenio particular, instruido en varios idiomas, útil por su aplicación al real servicio». <sup>10</sup>

Tanto la atención a su aspecto, como sus deseos de ascender, de participar en diferentes campañas y de ingresar en la Orden de Santiago, dan cuenta de las aspiraciones de Cadalso y del lugar que quería ocupar en la sociedad —«Más vale mandar que ser mandado» (1979: 27)—, así como de una condición hidalga que a veces intenta adaptar a la naciente burguesía entre la que se mueve, parte de cuyos valores comparte, pero que explica su punto de vista en relación con el debate entre antiguos y modernos, y su preferencia por el pasado.

En octubre de 1765 se encuentra en Madrid, tras haber participado en la campaña de Portugal. La vida que llevaba en la capital le provocó «una grave enfermedad», de la que ya estaba repuesto cuando estalló el motín contra Esquilache. En sus memorias recuerda que en la Puerta del Sol salvó la vida al conde de O'Reilly: «Cuatro dichos andaluces de mi boca templaron toda aquella furia, y aquel día conocí el verdadero carácter del pueblo» (1979: 12), en alusión a su disgusto por los extremos y los espontáneos movimientos de la multitud, siempre manipulable. 1766 fue un año importante por las relaciones que estableció. Conoció a Jovellanos

---

Caballería de Borbón», en AHN, OM-Caballeros\_Santiago, exp.1362. La petición al rey con el informe del marqués, en AGS, sign. SGU, PER, 10. 28.

<sup>10</sup> AGS, sign. SGU, 2466, 005 y 006.

en Alcalá de Henares, tuvo amores con M.<sup>a</sup> Ignacia Codallos, hija del que luego sería miembro de Consejo de Castilla y de Hacienda, y con la marquesa de Escalona. Ese mismo año o a comienzos del siguiente entra en contacto con el conde Aranda, presidente del Consejo de Castilla, al que había vendido un caballo. Le entrega un manuscrito hoy perdido, al «estilo de una novela», en el que había forjado un sistema de gobierno, titulado *Observaciones de un oficial holandés en el nuevamente descubierto reino de Feliztá*. Por el título y por lo que apunta sobre su contenido, se suele suponer que era una novela utópica. Este sería, si no el primero, sí uno de sus primeros escritos.

Está entonces en buena posición social, con buenas relaciones y expectativas. Es posible que por esas fechas hubiera escrito, o estuviera redactándola, la *Defensa de la nación española* contra las opiniones vertidas por Montesquieu en sus *Cartas persas*.<sup>11</sup> Pero esa buena racha se rompe cuando es acusado de ser el autor del *Calendario manual y guía de forasteros en Chipre para el carnaval de 1768 y otros*. Se le atribuyó, y fue desterrado a Borja, en Zaragoza. Dice que salió «empeñado, pobre y enfermizo». Según propia declaración, aunque los críticos no están de acuerdo, entonces empezaría a escribir poesía. También redactó algunas de las *Cartas marruecas*. Sus biógrafos piensan que la experiencia del destierro lo cambió: pasó de hombre triunfador a hombre desengañado.

En 1770 vuelve a Madrid y retoma sus relaciones con Aranda, es nombrado secretario del Tribunal de Guerra que debe juzgar por malversación de fondos al coronel Sensi, y también ejerce como censor, si bien solo en dos ocasiones. Una, con motivo de enviársele la obra de Vicente Vizcaíno Pérez, *Quejas de las mujeres contra los hombres, fundadas en reflexiones políticas y morales*. Hizo un informe pero recomendó que la obra se enviara a especialistas en las materias que se trataban en ella. Ahora bien, la descripción que hace de las *Quejas* resulta interesante para saber más sobre su pensamiento:

<sup>11</sup> Mercadier (Cadalso, 1970) cree que las redactó entre 1768 y 1771.

En esta obra he hallado el espíritu de un ciudadano celoso que no desprecia menudencia alguna de cuantas pueden tener alguna conexión y por remota que parezca con el bien de la patria. Su objeto es emplear en oficios decentes y cómodos un número de mujeres que en el sistema político del mundo quedan hoy abandonadas a la mendiguez y miseria, y tal vez expuestas a la prostitución, y añadir a la agricultura, fábricas, navegación y tropas el número de hombres empleados en los oficios que quiere destinar a las mujeres. Esto, a la verdad, es plausible, y mucho más loable el trabajo que se conoce haber empleado en esta obra, buscando muchas leyes, cánones, pragmáticas reales y costumbres antiguas, haciendo cálculos exactos y cómputos muy prolijos, y tomando el método más apto para explicar las ideas que componen el total de su proyecto (en Deacon, 2019: 637).

La obra no se imprimió ni se conoce su contenido más allá de estas observaciones, que encajan bien con su actitud crítica y rigurosa, tan presente en *Los eruditos* y en las *Cartas marruecas*, así como con opiniones acerca de las mujeres que expone en el *Suplemento*. Se le encargó así mismo en 1772 la revisión de la novela *La farfala, o la cómica convertida*, obra de Michel-Angel Marin, traducida por Joaquín Castellot bajo el seudónimo de Benito Aragonés. Aconsejó su publicación porque «tiene todo el mérito posible en esta clase de obras» y porque era muy digna de que viera «la luz pública» (Deacon, 1970: 172 y 173; Álvarez Barrientos, 1991: 142; Lorenzo Álvarez, 2016: 217).

En 1770 presenta a la censura dos tragedias: *Solaya o los circasianos*, que no la pasa (Cadalso, 1982c), y *Don Sancho García, conde de Castilla*, que sí fue aprobada y se representó del 21 al 25 de enero de 1771.<sup>12</sup> Hasta entonces contaba con el apoyo de Aranda, a cuya reforma teatral responden en parte las tragedias. Es entonces cuando conoce a la actriz M.<sup>a</sup> Ignacia Ibáñez, que repre-

<sup>12</sup> Andioc y Coulon (1996: 303). Aguilar Piñal (1985) lanza la hipótesis, no confirmada, de que Cadalso hubiera traducido la *Zaira* de Voltaire hacia 1765, con el título de *Combates de amor y ley*, presentada bajo el seudónimo de Fernando Jugaccis Pilotos.

sentó a la protagonista de *Hormesinda*, de Nicolás Fernández de Moratín, y que hizo el papel de doña Ava, en su *Don Sancho*. Se enamoraron –palabra muy frecuente en sus recuerdos–, aunque la relación no duró mucho porque murió «de un tabardillo muy fuerte» el 22 de abril de 1771. De ella dejó escrito que era «la mujer de mayor talento que yo he conocido, y que tuvo la extravagancia de enamorarse de mí, cuando yo me hallaba desnudo, pobre y desgraciado». <sup>13</sup> Tan pobre era y tan desgraciado que, al parecer, pasó «cuarenta y ocho horas sin más alimento que cuatro cuartos de castañas», cayó «enfermo de mucho peligro» y vivió como de limosna, cuidado por unas vecinas, hasta que un oficial de su regimiento le prestó algo de dinero con el que pagar deudas, comprar sábanas, reparar la cama «y gratificar al único que fue mi constante amigo, a saber, mi barbero» (1979: 20).

Por las mismas fechas, perdía el favor de Aranda. Para entonces frecuentaba las tertulias de Madrid, en especial la de la condesa-duquesa de Benavente (con la que tuvo estrecha amistad) y la de la Fonda de San Sebastián, en la que coincidía con Nicolás Moratín, los Iriarte, Ignacio López de Ayala, Francisco Cerdá y Rico, Juan Bautista Muñoz, Casimiro Gómez Ortega, José Guevara Vasconcelos, Enrique Ramos, Vicente de los Ríos, Juan José López de Sedano y los italianos Giambattista Conti, Ignazio Bernascone y Pietro Napoli-Signorelli, entre otros. <sup>14</sup>

Los años setenta fueron importantes, tanto por su fallida relación amorosa como por su mayor dedicación a la literatura. Hasta 1774 ya había escrito, y publicado en algún caso, las tragedias

<sup>13</sup> Se ha observado alguna vez que Cadalso escribió las *Noches lúgubres* a consecuencia de la muerte de la actriz; sin embargo, por esas fechas de abril y después, estaba redactando *Los eruditos a la violeta*, como se señala más adelante, y por esas mismas fechas acudía a la tertulia de la Fonda de San Sebastián, cuyas ventanas daban al cementerio en el que estaba enterrada. Cotarelo y Mori (1899: 125) recuerda que desde la fonda se podía ver las mondas o limpias de hueso que se hacían.

<sup>14</sup> Sobre la tertulia en la época, Gelz (1998) y Álvarez Barrientos (2006: 108-132). Más específicamente, sobre las relaciones culturales en ese grupo de intelectuales, Quinziano (2008: 187-300).

mencionadas, *Los eruditos a la violeta*, el *Suplemento*, *El buen militar a la violeta*, las *Noches lúgubres*, los *Ocios de mi juventud* y gran parte, si no todas, de las *Cartas marruecas*. Pasó a Salamanca en abril de 1773 para reintegrarse en su regimiento, allí compuso la primera parte de sus memorias autobiográficas y estableció contacto y más tarde amistad con el grupo de jóvenes que integró la conocida como escuela salmantina de poesía: Juan Meléndez Valdés, José Iglesias de la Casa, fray Andrés del Corral, fray Juan Fernández de Rojas, fray Diego González, Juan Pablo Forner, Ramón Cáteda y León de Arroyal (Lopez, 1999: 228-250). Con Meléndez tuvo una especial relación de amistad y complicidad, hasta el punto de que fue su albacea y heredó sus papeles. Cadalso ejerció como guía de estos jóvenes, tanto al educar su gusto poético como al proponerles otras lecturas, tal las de Montesquieu y Vattel. En sus recuerdos comenta las reuniones nocturnas, también con el librero Francisco García Rico, cómo comentaban esas lecturas y sus propias obras. Por esto, Alcalá Galiano (1844: 266) escribe que «con sus preceptos y ejemplo contribuyó a formar escritores de mérito muy superior al suyo, de modo que con razón es considerado uno de los fundadores de la moderna literatura castellana».

Interesado como estaba en la criptografía, junto con Meléndez e Iglesias parece que utilizó un código secreto para comunicarse. De hecho, entre sus obras inéditas figuraba una bajo el título de *Para escribir en cifra*, de la que dio cuenta Foulché-Delbosc (1894). Demerson (1985) dedicó algunas páginas a estudiar el papel que el secreto jugó en la vida de un Cadalso siempre precavido a la hora de comunicar sus producciones. Es sintomático cómo pide a Meléndez que se guarde de enseñarlas, cuando se las envía, por los problemas que podrían causarle. El código empleaba letras griegas y hebreas, jugaba con variaciones idiomáticas y se escribía de derecha a izquierda. Sus precauciones aumentarían a raíz del destierro. Por ejemplo, cuando se le invita a participar en una representación en casa de Aranda, acepta pensando «que no se formalizaría», pero al saber durante los ensayos que se trata de *La muerte de César* de

Voltaire, se retira para evitar problemas, pues la obra «no es más que un puro sistema de regicidio» (1979: 19)

Utilizar seudónimo a la hora de publicar y pedir licencias de impresión, otra forma de precaución a veces, pues normalmente se sabía quién estaba tras la máscara, era algo habitual, ya que los autores lo usaban para diferenciar su identidad pública de la literaria. También hay que añadir al hecho de ocultar la identidad al presentar las obras para la censura el que aún se consideraba poco respetable ganar dinero con las letras. No siempre valerse del seudónimo era sinónimo de problemas con la censura, aunque sí de enemistad con algún censor. Él se ocultó tras «Juan del Valle» (Glen-dinning, 1962: 14; Casamayor Vizcaíno, 1997) y sobre todo tras «José Vázquez», que se corresponde con el nombre de su querido abuelo.

En Salamanca parece que también hubo enamoramiento, a juzgar por su poema «Sobre un nuevo amor. Odas en versos sáficos y adónicos de Venus y Cupido» y por la confesión que hizo a Tomás de Iriarte: su alma peligraba «por la vecindad de una mozuela que vive frente por frente y tiene dos ojos como dos tizones sacados del infierno para abrasar al siervo de Dios» (1979: 74-75). Razón por la que pide le tenga presente en sus oraciones. En 1774 se encuentra en Madrid con licencia y presenta las *Cartas marruecas* a la censura.<sup>15</sup> En octubre parte para Extremadura, un destino que le parece el más infeliz de cuantos ha tenido: «Esta es la provincia más triste, más calurosa, más enferma, más inhospitable de España. Estoy mandando un escuadrón en uno de los pueblos más melancólicos de ella» (1979: 117). Allí también enferma y se siente solo porque no congenia con nadie y además se enemista con su jefe.

Para salir de ese entorno, a comienzos de 1775 se ofrece como voluntario en el ejército que se preparaba para la guerra de África.

<sup>15</sup> Vargas Ponce informó favorablemente en 1792, cuando se presentaron a censura para publicarlas por Sancha. El documento en la Real Academia de la Historia (Durán López, 1997: 148).

Es entonces cuando envía a Meléndez Valdés sus manuscritos para que «no se me atribuyan obras algunas póstumas que yo no haya hecho» (1979: 102), lo que no consiguió, pues se le colgó en 1788 la *Óptica del cortejo*, de Manuel Antonio Ramírez y Góngora, cuando el impresor Hernández Pacheco la publicó bajo su nombre y como si fueran «Ocios políticos». Hay que recordar la observación de Francisco Aguilar Piñal acerca de una estrategia o «falsificación comercial» para vender mejor la obra, pues, en efecto, se le adjudica a Cadalso, autor conocido, una vez muerto (1993: 23b). La interesada atribución perduró hasta el siglo xx, mucho después de que Fermín Caballero (1873) demostrara con cartas y documentos la autoría de Ramírez, abogado y poeta cordobés que en su momento recurrió al Consejo de Castilla para que se corrigiera el error. Sus actuaciones ante la administración comenzaron en 1788, al tener conocimiento de que en Madrid se había impreso la *Óptica* a nombre de Cadalso.<sup>16</sup> En un escrito del 13 de agosto pide que se recojan los ejemplares y se castigue al impresor, y el 24 de octubre insiste para que

se abstengan de imprimir ni mandar imprimir obra, libro, ni papel alguno con el nombre de falsos autores, ocultando el de los verdaderos, pena de ser castigados con el mayor rigor, imponiendo a dicho Hernández Pacheco y demás culpados, para satisfacción de mi parte, las penas y condenaciones que sean conformes.

Lo cierto es que ya, cuando en 1787 Francisco Javier de Villanueva presentó al Consejo las obras de Cadalso y la *Óptica*, que había «adicionado», los censores, además de pedir que se retiraran esos añadidos por considerarlos vulgares y poco conducentes a la corrección de las costumbres, sospecharon que la obra no era de Cadalso. El censor Ignacio Núñez de Gaona decía el 19 de enero de 1788 que se publicó primero en Córdoba y que «no hay tanta prueba de que realmente» sea suya, como sí lo son «las otras obras

<sup>16</sup> Lo que sigue está tomado de AHN, 5553, exp. 97.

más comunes que él mismo contestaba o confesaba». Por tanto, solicita que se publique como «obra atribuida al coronel don José Cadalso». Con estas condiciones y pidiendo que se corrigieran las muchas erratas y la mala ortografía de las obras del gaditano, «particularmente en los versos y pasajes franceses, ingleses y latinos», se concedió licencia el 29 de febrero. La obra apareció exenta, como de «José Cadalso, coronel y comandante», a pesar de que Cayetano de la Peña, el otro censor, también expuso sus dudas, el 27 de febrero, sobre la autoría: la primera vez se imprimió «bajo otro nombre de autor».

Pero la lucha de Ramírez y Góngora no paró aquí. Más adelante consiguió que en 1797 se incluyera en la *Gaceta* la corrección del impresor, si bien de nada sirvió, y así se publicó la *Óptica* en las obras completas de Cadalso. Entonces, el cordobés volvió a escribir, esta vez al editor Ángel Valero Chicarro, que reconoció su error, le dio buenas palabras y le regaló un juego de la edición, pero no corrigió la atribución, sino que le hizo ver que Cadalso «no necesita de obras ajenas para lucir su ingenio, y por lo mismo creo no haya perdido usted nada en que, siendo suya, se atribuya a un sujeto» como el autor de las *Cartas marruecas*.<sup>17</sup>

En todo caso, por los años de 1770, nuestro autor está aburrido y cansado de la vida militar y piensa retirarse, como comenta en diferentes cartas, por ejemplo a José Iglesias, al que confiesa en noviembre de 1774 que le gustaría dejar el ejército y dedicarse a las letras en Salamanca, o a Tomás de Iriarte, en octubre de ese año: «se me hace cada día más tedioso este oficio», e incluso cuando en 1775 se quiere alistar como voluntario para ir a la guerra de África. El sentimiento es el mismo, pero su compromiso se lo impide: «el conocimiento de ser ignominioso el retiro de un soldado en circunstancias tan críticas como las actuales, me ha hecho [...]

<sup>17</sup> Caballero (1873: 11). En su reseña de las obras, a Quintana le indigna que se haya incluido la *Óptica*. ¿Quién, conociendo *Los eruditos*, los *Ocios*, las *Cartas marruecas*, puede creerla suya? Y pone algunos ejemplos para confirmar la disparidad (1804: 313-314).

suspender por ahora mi solicitud de retirarme, bien que siempre con el firme propósito de volver a entablar esta pretensión al hacerse la paz o desvanecerse las voces de guerra» (1979: 113).<sup>18</sup>

Escribió Cadalso además la tragedia *La numantina*, un *Compendio de arte poética* dirigido a sus amigos salmantinos, la sátira *La linterna mágica*,<sup>19</sup> todos perdidos, y en 1776 los *Epitafios para los monumentos de los principales héroes españoles*.<sup>20</sup> También, interesado en su profesión, compuso un *Nuevo sistema de táctica, disciplina y economía para la caballería española*. En 1777 es ascendido a comandante de escuadrón y pasa a Madrid en 1778 con seis meses de permiso. Recoge su manuscrito de las *Cartas*, que estaba depositado en casa del librero Alverá, y en agosto vuelve a su regimiento.

En 1779 o después,<sup>21</sup> si la atribución es correcta, aunque realmente no hay razones ni estilísticas ni temáticas ni de otro tipo para adjudicársela, habría escrito la sátira *Anales de cinco días, o carta de un amigo a otro*, publicada por Antonio Valladares de Sotomayor en el tomo XVII del *Semanario Erudito* (1789: 243-272; Cadalso, 1818: 365-415). Glendinning (1961: 147-148) duda de su autoría porque no descubre las características de la escritura cadalsiana, más allá de cierta coincidencia temática, demasiado general para adscribirle la obra. Por su parte, Sebold (1974: 42-44) no ve inconveniente en hacerlo, incluso encuentra un supuesto autorretrato del autor, que, sin embargo, es igualmente demasiado general en el carácter y dibujo. Desde luego, el tono y el lenguaje no se parecen a los de Cadalso, además, la crítica y los tópicos son

<sup>18</sup> Sobre Cadalso y la guerra, Castilla Urbano (2012).

<sup>19</sup> En carta de abril de 1775 a Meléndez Valdés, comenta: «este papel iba para el mismo término del de *Los eruditos a la violeta*, aunque un poco más alto de tono. Lo dejé así porque convino, y me quiero ir al otro mundo con este secreto como con algún otro» (1979: 102-103).

<sup>20</sup> Fueron publicados por primera vez por Foulché-Delbosc (Cadalso, 1894).

<sup>21</sup> Doy esa fecha porque en el folleto se alude a la obra de «Damián Marón y Rama», es decir, Mariano Madramany, *Oración en que se persuade que es menor el mal sufrir ratones que tener gatos en nuestras casas*, publicada ese año, que tuvo bastante éxito (Peñas Ruiz, 2011: 89).

comunes en la época; a pesar de todo, la obra ha sido reimpressa modernamente, si bien su editor no justifica la atribución (Cadalso, 2001).

Hay que recordar que se le atribuye desde que Valladares de Sotomayor la divulgó en su *Semanario* junto a la *Guía de hijos de vecinos y forasteros*, pero el polifacético escritor no afirmó en ningún momento que fueran suyas ninguna de las dos; solo escribe que ambos folletos «se asegura los compuso el célebre capitán Cadalso» (1789: 273), mientras que, por su parte, Manuel José Quintana, al reseñar la edición de 1803, directamente no la tiene por suya: «No nos detendremos en el insípido folleto de los *Anales de cinco días* que sigue a los versos, y del que Cadalso haría probablemente tan poco caso como nosotros» (1803: 307). Las razones que se aportan para hacerla pasar por suya no son convincentes, por lo que habrá que mantener la cautela al respecto hasta que se aporten datos conclusivos en uno u otro sentido, aunque más bien parece que los impresores se la adjudicaron del mismo modo que la *Óptica del cortejo*, porque el tema podría encajarle, por ser una sátira y porque el nombre del autor era un buen reclamo de venta, es decir, por estrategia editorial.<sup>22</sup>

Por esas fechas trazó un plan para tomar Gibraltar –como había hecho uno de los alumnos violetos–, y se lo mandó a Floridablanca, que lo desestimó. Su reacción: «un país mandado por tres golillas, no puede abrazar cosas que pidan vigor» (1979: 29). Los golillas, además de Floridablanca, eran Miguel de Muzquiz y Manuel de Roda. Como observa François López, el militar, que en sus escritos atacaba la mala preparación de la aristocracia, no quería acabar con ella, sino reformarla, pues consideraba que debía estar a la cabeza de la nación y recuperar el poder que se había dejado arrebatar, precisamente, por golillas y funcionarios. «Patriota y nacionalista, lo fue tanto como podía serlo un hidalgo sediento de honores y de grandeza, y que rendía un culto ferviente a la historia heroica de España» (1999: 236). Preparar proyectos para sitiar

<sup>22</sup> Un resumen de la cuestión, en Peñas Ruiz (2011: 93-96).

Gibraltar preocupó a muchos en la época, que, como el mismo Sabatini, idearon sus sistemas. Al final, se utilizaron las poco prácticas baterías flotantes, pensadas por el ingeniero Michel D'Arçon (Herrero, 1992).

Las últimas declaraciones de sus recuerdos son de gran interés porque dibujan un José de Cadalso comprometido con la defensa de los intereses nacionales y en la línea que se acaba de mencionar sobre el logro de honores. En ellas se muestra contrario a los «moros» y a los ingleses, tanto como a los judíos: «Quien pudiera ayudarnos mucho con alguna conjuración contra su tropa [inglesa] es la nación judía, prometiéndoles libre establecimiento en nuestros puertos y, luego, negándoselo cuando hubiesen cumplido, si no se tuviese por conveniente dejarlos establecer» (1979: 29).<sup>23</sup> Esa implicación dio cuerpo a sus *Papeles de la campaña*, donde se incluye un *Resumen de nuestras operaciones en 10 de julio de 1779 hasta el 31 de diciembre de 1781* (Gella Iturriaga, 1976). En marzo de 1779 se embarcó voluntario en una escuadra de jabeques «para ir a buscar a los moros, cuyas fuerzas eran considerables», pero nada se consiguió. Logró, sí, ser destinado al campo de Gibraltar en agosto de ese año.

El 24 de mayo de 1781 viaja a Madrid bajo el nombre de José Gómez, comerciante de Cádiz, para informar a Floridablanca de la situación en que se encontraba el frente (Glendinning, 1962: 143). Desde 1780 aspiraba a ser ascendido a coronel, empleo que se le concedió mes y medio antes de morir la noche del 26 al 27 de febrero de 1782. Martín Fernández de Navarrete, aunque equivo-ca las fechas, relata así su final:

hallándose por orden del mismo general [Martín Álvarez de Sotomayor] en una batería de cañones muy avanzada, llamada San Martín, frente a Gibraltar, en la noche del 27 al 28 de febrero de 1782, a las nueve y media se vio una granada disparada de la batería enemiga,

<sup>23</sup> Cadalso hizo en su momento un proyecto para tomar Portugal «de la misma estofa maquiavélica», según Glendinning y Harrison (Cadalso, 1979: 29).

denominada Ulises, que se dirigía al paraje donde se hallaba Cadalso. Advirtiéronle del riesgo que corría, pero despreciando el aviso con serenidad, y creyendo algunos que pasaba la granada por encima, un casco de ella, que le hirió de rechazo en la sien derecha, le llevó parte de la frente, y acabó con su temprana vida (1818: XVII).

Sus restos se enterraron en la iglesia de Santa María la Coronada, de San Roque. Muchos lamentaron su muerte, entre otros, algunos enemigos británicos que lo conocían, como el gobernador de Gibraltar, al que trataba antes de la guerra, quien, junto con otros oficiales ingleses, hizo «un duelo muy honorífico» (Cambiaso y Verdes, 1829: 214). Pero también amigos como Meléndez Valdés, que a los pocos días comenzó su oda XXV, «En la desgraciada muerte del coronel José Cadalso, mi maestro y tierno amigo, que acabó de un golpe de granada en el sitio de Gibraltar» (2004: 800-804). A este poema se pueden añadir los del conde de Noroña y fray Diego Tadeo González.

## EL RETRATO Y LA FAMA PÓSTUMA

Como no pocos autores de la época, Cadalso pensó en la imagen que quería dejar para el futuro, en esa fama póstuma que guio a no pocos en su dedicación a las armas y a las letras y que tenía que ver con la celebridad y la utilidad. De hecho, si se había preocupado tanto de su aspecto en vida, no podía descuidar la imagen ulterior y, así, la proyectó en el poema «Al pintor que me ha de retratar» (2013: 173-175), en el que expone cómo quiere y cómo no quiere ser representado, lo que también hizo en sus escritos autobiográficos y en no pocas de sus cartas. En ese poema, trastorna toda la codificación iconográfica establecida para mostrar a los escritores e ironiza sobre la mentalidad que sustentaba esos cánones; rompe el modelo ético y moral de escritor al servicio de los otros y del conocimiento, privilegiado en toda su obra, y no quiere aparecer como un representante de las armas y las letras, sino como un hedonista: